

D. JOSÉ RUIZ LEÓN

I

Es triste condición de nuestra existencia, que nunca se dilata el período de la que por el Cielo se nos otorga, sino a precio de amargas y pesares. A proporción que nos acercamos al término de nuestros días, vemos en cada uno de ellos desaparecer personas cuyo trato y amistad fueron nuestra primer complacencia, que poseyeron los afectos de nuestro corazón, y a quienes nos adherimos por la simpatía y el pensamiento.

Para conmemorar en póstumo tributo algunas que, al finar su carrera nos dejaron este vacío en el alma, especialmente de las que en nuestro suelo natal se distinguieron por singulares prendas, por servicios al país y por alguna superioridad notoria, en buen propósito nos puso la pluma en la mano, en varias ocasiones, venciendo en obsequio de aquéllas, nuestros escrúpulos y timidez justificada. Tal nos acontece hoy con relación al sujeto cuyo nombre encabeza este escrito.

Muy aflictiva impresión recibimos recientemente con la noticia del inesperado fallecimiento del Sr. D. Juan Ruiz León, ocurrido el 22 del mes actual en Madrid, al frisar en los sesenta y cinco años. El lugar distinguido que supo conquistarse por sus estudios y trabajos en su carrera profesional de Ingeniero de minas; los nobles servicios prestados al honor e integridad de la patria en las campañas marciales y periodísticas, sustentadas con habilidad y sumo empuje en la prensa de Cuba, el constante afán que consagró al cultivo de nuestro idioma, cuya pureza y primores cautivaban su espíritu con afición primordial y apasionada, bastan a explicar el valor de esta pérdida. Agravan a la vez, nuestro sentimiento, la parte que a su laboriosidad, talento y rectitud tocó siempre desempeñar en muchas corporaciones y encargos de objeto administrativo y benéfico en los ramos de Agricultura, de Estadística, de Comercio e Industria: producciones varias y muy estimables de publicista y literato y prendas insignes de carácter; como hombre veraz, activo, probo y piadoso, y nada fácil de doblegar por los resortes vulgares que con harta frecuencia de-

gradan caracteres y malogran inteligencias privilegiadas. Estas circunstancias hacían del señor Ruiz León una persona notable entre los españoles contemporáneos, y le reservan puesto muy señalado entre los escritores cordobeses de nuestro tiempo.

Hijo de otro apreciable ingeniero del mismo ramo de minas, hizo los primeros estudios en esta su ciudad natal, aprendiendo los rudimentos de latinidad del humanista presbítero D. Agustín Belmonte, para quien guarda por igual causa afectuoso recuerdo y gratitud el autor de estas líneas; y prosiguió y terminó los demás estudios previos y complementarios de su carrera en este colegio de la Asunción y después en la ciudad de Granada y en Madrid. Miraba por lo tanto a la primera de estas dos últimas poblaciones, a la pintoresca Granada, como su segunda patria, asociándole la memoria dulce y prestigiosa de sus días juveniles.

Allí tuvieron origen probablemente los lazos de compañerismo y fraternidad, con varios de los escritores hoy ilustres, honor de nuestra España contemporánea: el muy ameno y simpático novelista y poeta don Pedro Alarcón; el modesto cuanto profundo don José Fernández Giménez; el tan discreto y agudo narrador don José Castro y Serrano, y otros no menos afamados de la llamada en Madrid Colonia granadina.

En la Escuela especial de la corte hizo con gran lucimiento y provecho los estudios de las ciencias que han debido a aquel establecimiento tan útil difusión y tan gloriosos frutos. Las Matemáticas, la Geología y Mineralogía, la Química tuvieron en el señor Luiz León un cultivador entendido y práctico; ya en el desempeño de cargos oficiales en los varios distritos mineros, ya en el de Cátedras de enseñanza, en Almadén y otros puntos, o en diversa forma, en las provincias del Sur, de Levante y Norte de España; en Guadalcanal, Almería, Castilla la Vieja y Asturias; en alguna de las regiones septentrionales de Europa, y en América, en nuestras Antillas, tomó a su cargo investigaciones y trabajos metalúrgicos, arduos y penosos, a servicio de empresas respetables o asociado a ellas, quizás por interés personal y propio. No hay que decir la parte de fatiga material, de estudio explorador, de sacrificios y esfuerzos que necesitó emplear en estos ejercicios facultativos, arrostrando más de ocho veces la navegación Trasatlántica, visitando las islas de la Gran Bretaña, varios estados de la América Inglesa, y con repetición ciudades importantes como Nueva York.

Una cuestión de nimia delicadeza le hizo dejar de pertenecer al cuerpo facultativo y renunciar voluntariamente a sus ventajas. Más continuó sus tareas profesionales con el crédito que su probidad e inteligencia le habían justamente ganado. Producto fué de sus estudios el primer establecimiento de fundición de minerales en la Habana, planteado hace más de veinticinco años, y el industrioso mecanismo para utilizar como fuerza motriz el impulso de las

olas del mar. De él obtuvo privilegio que le concedió el Gobierno de la República de los Estados Unidos, que como se sabe, no tiene rival en la iniciativa y adopción de adelantamientos físicos y mecánicos.

Dió a éste aparato el nombre de *Kimasteno*. Consistía en una playa artificial de superficie cóncava, que siendo horizontal en la parte que tocaba a las aguas, iba aumentando en inclinación, a medida que se internaba en tierra hasta llegar a la vertical en su parte más distinta de la orilla. Las olas que venían de mar distante se remontaban por aquella rampa curva, cuya forma, al decir del inventor, calculó matemática y laboriosamente para su deseado efecto, y al llegar a su elevación máxima, penetraban por unas troneras o ventanas abriendo unas válvulas, destinadas a impedir el retroceso. Así, el agua alcanzaba en el interior un nivel igual a la altura máxima de las olas, y vertiéndose en un depósito producía el trabajo apetecido. Este depósito comunicaba con el mar por un canal estrecho y tortuso, que inmóvil quedaba en el mismo depósito y a su nivel medio, produciéndose en consecuencia una caída de agua desde el nivel máximo, alcanzado por la cresta de las olas al nivel medio del mar. El señor Ruiz ensayó en la Isla de Cuba con buen éxito el aparato de su invención.

Su más larga residencia en la Isla le enlazó en amistad y en el noble interés de la defensa patria, con las familias más altas y distinguidas de aquella colonia, granjeándose el aprecio de los gobernantes y representantes de la metrópoli, y a la vez la hostilidad más o menos franca de personas y grupos, impacientes por convicción o por egoísmo de la emancipación de la Isla, ansiada y prometida tal vez como calurosos alardes de una filantropía fascinadora. Allí contrajo matrimonio con la distinguida señora habanera, cuyo apellido Tavira recuerda el de su déudo, el célebre Prelado de Salamanca, unido tan brillantemente a la historia de la Iglesia y de las letras españolas a últimos del siglo anterior.

La notoriedad de las luces y del tesón viril e inflexible de nuestro compatriota en aquella tierra, pronto le llevaron a la dirección de periódicos batalladores y de espíritu español, como el *Diario de la Marina* y *La Voz de Cuba*. El Sr. Ruiz León, como hombre de su época y de bien ilustrado entendimiento, sintióse arrastrado por impulso de las circunstancias a las tareas del periodismo, y emprendiólas, sin aspirar en el dominio de esta cátedra y tribuna de nuestros tiempos, a buscar influencia y propios medros, sin engreirse adjudicándose un sacerdocio y una omnipotencia e infabilidad ilimitada. Creyó en sus honradas ilusiones que pudiera ser provechosa guía de los intereses populares y del bien comunal, enderezando a un noble fin sus sentimientos y afanes, y sin hacer servir la encomiada prensa para el elogio y la detracción exagerada, para encumbramiento de nulidades, para instrumento de miras privadas, para controversias desnudas de comedimiento y buena fe, y mucho me-

nos jamás para vehículo de corrupción y errores. Si la realización de su programa de periodista pudo traerle luchas y compromisos; si el seguir una senda de independencia y veracidad, pudo hacer creer al principio que el lucro y la popularidad no premiarían sus afanes, bien pronto el apoyo del poder público comprobó la conveniencia de sus procedimientos, basados en una prudente austeridad y con éxito propicio a la administración, gobierno y paz de la Isla, acrecentó la reputación del escritor y la firmeza enérgica de su patriotismo. Aún muchos años después, apartado de aquel campo de empeñadas contiendas, quedó en Cuba la grata memoria de su nombre, de sus buenos servicios y del baío y tesón con que demostró sus altas miras abogando por la causa peninsular, y tratando con gran suma de conocimientos y solidez de juicio, cuestiones arduas de economía, administración e interés político colonial.

II

Noble arranque de patriotismo y de resolución inspiró a nuestro ingeniero cordobés en 1874, el dar a la estampa su opúsculo titulado *Los Filibusteros en Madrid y el apresamiento de «Virginus.»* Con gran conocimiento de causa de la historia de Cuba y de los Estados Unidos, de los personajes influyentes en uno y otro país, del derecho internacional y marítimo y de los manejos ya de tiempo atrás, empleados para arrebatar las Antillas al gobierno de España, abogó ardientemente y contrastando el enojo de potencias y elementos a la sazón fortísimos por la causa peninsular. Descubrió con exactitud vigoroso aliento, sólido raciocinio y hasta elegancia de formas, los antecedentes que provocaron el ruidoso apresamiento de *Virginus*, y los castigos, notas, reclamaciones y hechos que siguieron a aquel suceso.

Mal parados resultan de su historia el grupo o bandería política que acogió y fomentó los proyectos separatistas y personajes de gran valimiento y nombradía a la sazón en España, como fuera de ella, los renombrados Grant, Fische y Sickes, Presidente, Ministro y Embajador de la República de la Unión Americana. Ante el tribunal severo de la Historia mucho puede contribuir este escrito, inspirado por un valiente patriotismo, a dar a conocer un hecho que procuraron oscurecer maniobras reprobadas y fines bastardos; y para anatematizar la bajeza y perfidia, el impudor y la ausencia de todo amor patrio, en prohombres levantados en era revuelta y triste por su falta de escrúpulos y por sobra de insolente audacia.

En la necesidad de reposo tras un período de pertinaces luchas y en la de reponer su desmedrada salud, el Sr. Ruiz León, vuelto a su propia casa y a respirar los aires patrios se aplacía en entretenimientos literarios o en estudios científicos, jamás indiferente a la causa de la honra nacional o de lo que reputaba efectivos bienes y progresos.

Si declinó ofertas de posiciones influyentes por otros buscadas con avidez,

si su optimismo o lo que es más probable, lo determinado e inflexible de sus principios y la entereza de su carácter, concertando máximas autoritarias y una ortodoxia católica a toda prueba, con verdadero amor a los adelantos sociales le retrajeron de afiliarse en actuales banderías, no son menos de respetar su retraimiento y las decisiones de su conciencia, que no por prurito de orgullosa singularidad le vedaban militar bajo ninguna bandera, con guardar respeto, cortés benevolencia y aún afecto cordial a caudillos y afiliados de tales agrupaciones.

En 1875 hubo de publicar en no muy abultado volumen otra obrita titulada *Un arbitrio para gobernar a España*. El pensamiento sobre que gira de hacer obligatorios los servicios públicos generales, cual el de las armas, sujetándolos a organización y disciplina marcial, por utópico un tanto o difícil de realizar que parezca, dista mucho de ser disparado e impracticable. La difusión de la idea pudiera ser muy útil cuanto es ingenioso y basada en justicia y reveladora de intenciones loables. Corto en dimensiones, el libro es de gran sustancia y mérito, proclamando muy alto el de su autor. La exposición del pensamiento se contiene en seis capítulos, que tratan del arbitrio, sus ventajas y objeciones; pero tras introducción notabilísima las consideraciones sobre la empleomanía y sus remedios son muy dignas de estudio y aceptación. El autor conocía demasiado que no se dispensó gran aprecio a los arbitristas de otros tiempos, objeto de ellos de desdén, como muchos utopistas económicos y socialistas en los nuestros. Mas la pintura del mal de la empleomanía está hecha de mano maestra con desenfado y gracejo y una exactitud concienzuda.

Ese cuadro encierra lecciones para todos: la convicción de los orígenes del mal, y casi la falta de esperanzas de extirparlo por la influencia de nuestro modo de ser y de las costumbres políticas actuales. Aun pudo entrar en los designios del autor condenar con el estigma del ridículo y de la severidad juntamente, un mal tan grave y trascendental. El examen de muchas economías posibles, fundado en gran número de datos y de estadísticas oficiales, es ciertamente interesante y precioso. En el frecuente desorden y liga de innobles intereses que a veces han parecido arrastrar al país a una perdición progresiva, difícil es que haya poder que intente o pueda llevar a ejecución el proyecto; que tal vez conviniera ensayar paulatina y gradualmente. Mas el pensamiento por lo atrevido y nuevo, no es de extrañar que no fijase demasiado la atención pública, ni lograrse la discusión y objeciones a que convidó con sinceridad y empeño el autor, presentando cálculos, datos y raciocinios difíciles de rechazar. Este género de producciones le acreditan, cuando menos, de estadista o reformista social y de filósofo observador y de muy sana tendencia.

El libro que con el título de *Inventario de la lengua castellana* publicó el señor Ruiz en 1879, respondiendo a sus profundos estudios y afición predilecta de filólogo y amante del idioma patrio, es el primero de un importantí-

simo trabajo, preparado con inmensa meditación y paciencia por su autor. En su designio de formar un índice ideológico de la lengua castellana, dió comienzo a tan difícil clasificación por el verbo, como la expresión más importante de la palabra humana en la oración y discurso. Debía seguir la clasificación de los sustantivos y demás partes, cuya tarea larga y prolija, exigiendo grandes recursos de doctrina y elucubración filosófica, apenas si ha podido ser continuada, oponiéndose los desmayos de salud y las ocupaciones del escritor más que la falta de su voluntad y emprendedores alientos. Bien se ve que tal libro no podía prometerse, como hecho más para pensadores doctos que para la generalidad de lectores vulgares, el aura popular y la compensación pecuniaria a que es común aspirar con otras obras de la inteligencia y la fantasía. Pero el autor que se impuso la tarea de recorrer no una vez sola, y palabra por palabra el Diccionario de la Academia, y de meditar despacio sobre la significación y categoría de unos siete a ocho mil verbos que contiene, recogió desde luego el aplauso de aquella corporación literaria en un brillante informe, y parabienes y testimonios de admiración de los más sabios escritores y apasionados de la lengua castellana y de su literatura, así de la España peninsular como de las naciones americanas que a nuestra raza pertenecen. El prólogo de este notabilísimo libro que expone con elegante concisión el designio filosófico, los procedimientos y los antecedentes de tamaña empresa es de todo punto necesario para medir su alcance y valuar el mérito que encierra. Entre los artículos crítico-bibliográficos que trataron de darlo a conocer no omitiremos el muy juicioso e imparcial que le consagró el Sr. Catalina García en la revista titulada *La Ciencia Cristiana*, y los de *El Liberal* y *El Magisterio Español*, periódicos de Madrid, y *El Comercio* de Córdoba. Parabienes más o menos directos y expresivos de literatos de alta reputación como los señores Castro y Serrano, Campillo y el doctor Thebussem (el Solitario de Medina Sidonia), debieron complacer mucho a nuestro amigo. Uno de los más sabios y admirados por él, como ejemplo de buen saber y de modestia, le decía:—«Sea cualquiera la opinión del público que tan lejos se muestra hoy de estas y otras materias, día llegará en que se reconozca que la lengua castellana es la primera que ha tenido un Diccionario completo, quiero decir, por el anverso y reverso. Si mucho ha importado siempre dar a conocer con el Diccionario común la idea correspondiente a cada palabra, más importa hoy facilitar con el Diccionario invertido a los que tienen ideas sugeridas por libros extraños, el modo de averiguar qué nombre tenían en España, cuándo vivíamos en familia, y no mendigábamos qué decir ni cómo decir, allende la frontera.»

Por el mismo amor ardiente al habla castellana, cervantista de vocación, como quien sabía de memoria la novela inmortal del glorioso manco, mostrábase censor severo de lo que en dicción y frase no revelaba purísimo abolen- go, aplicando un rigorismo a lo Baralt, y su lápiz rojo a escritos que por otra

parte le cautivaban, como el talento de sus autores. Tal intolerancia suelen oponer los puritanos del idioma, a la de los neologistas que abundan más y a quienes escuecen en cierta manera palabras y modismos, hoy en desuso bien o mal sancionado.

III

La reserva genial de nuestro finado amigo, lo muy poco que de sí propio solía decir a propósito de trabajos, estudios y honras personales, limita nuestras indicaciones presentes en este punto. Recordaremos, sin embargo, algunos escritos sueltos con que por el aguijón de los sucesos públicos solía favorecer a los periódicos de la localidad. Tales son los concernientes a los *Enemigos de la Iglesia* y las *Huelgas*, en *El Amigo Católico*; el informe sobre *El derecho diferencial de bandera*, a la Junta de Agricultura; su congratulación al *Gobernador, Sr. Antúnez*; por su distinguida y recta administración de esta provincia; varios artículos acerca de *Los Terremotos*; sus investigaciones respectivas al médico cordobés y sabio lexígrafo *Dr. Rosal*, motivo de haberse logrado una copia de su obra para la Biblioteca de nuestro Ayuntamiento; su grito de indignación que con epígrafe de *Una afrenta* se publicó con alusión al suceso de las Islas Carolinas, como otros de sus escritos en *El Comercio* de Córdoba, y sus consideraciones sobre *El Jurado*, cuyas actuaciones en la América inglesa no le habían enamorado con exceso.

Muchas Corporaciones e Institutos científicos y literarios le admitieron en su seno y entre éstos la asociación de los *Americanistas*, esperando mucho de su talento y laboriosidad. El título merecidísimo de Académico correspondiente de la Real de la Lengua, fuéle motivo de muy halagüeña satisfacción. Tal vez a concurrir en él otras circunstancias reglamentarias habría sido propuesto para una plaza de número. Su correspondencia epistolar con varios hombres eminentes en ciencias y letras, revela la justicia que se hacía a sus merecimientos, quizás má conocidos fuera de su ciudad patria que dentro de la misma, de donde vivió ausente muchos años, y en donde no buscó figurar en círculos de mayor ruido. El insigne y ya nombrado D. Pedro Alarcón, su hermanal amigo, le dedicó alguna de sus obras de viajes más famosas y celebradas.

Las condiciones de excelente esposo y tierno padre de familia que realzaban al Sr. D. José Ruiz León, a la par que la de ciudadano ilustradísimo, sus virtudes cristianas, su civismo generoso, recomiendan su nombre y su memoria a la posteridad. La rápida e inesperada dolencia que le ha arrebatado en la Corte, es causa de que en ella y en el cementerio de la Sacramental de San Justo hayan quedado los restos de tan distinguido cordobés. Paz para ellos, y para su espíritu el galardón por que abogan sus buenas acciones y costumbres, deseále quien se honró con su amenísimo y frecuente trato y su amistad altamente favorecedora.

30 de Junio de 1888.